

algún pasar en el corazón que no quieres decirlo? ¡No seas así, desahógate, hombre, y dime lo que te pasa!

—Bueno no te preocupes por eso, y sigue con lo de la herencia. Eso me interesa, como comprenderás.

—Bueno; pues además de la viña y del caballo el tío nos ha dejado dinero.

—¿Doscientos ó trescientos francos?

—¡Frío, muy frío!

—¿Mil?

—Ya andas algo más caliente... Añade á esos tres mil más y te quemas.

—¡Cuatro mil francos!

—Sí, hombre, sí; cuatro mil. Y el notario, en vista del poder que tu me dejaste, me ha entregado la cuarta parte. Espero tu vuelta para colocarlos bien. Mientras, me he permitido gastar doscientos.

—Has hecho bien.

—Ya lo creo... Como que los he gastado en prepararte una sorpresa. Vamos á ver si lo adivinas... así sabremos si sigues siendo tan listo como antes.

—¿Un ternero?

—¡Hijo, que torpe te has vusito! Vamos piensa en algo que tú tuvieses muchas ganas de poseer.

—¿Una escopeta?

—¡Quita allá!... Nada de escopetas, no las quiero ver en mi casa. ¡Bastantes hemos visto ya! Piensa, piensa...

—Es inútil, no caigo en ello.

—Si tú no lo aciertas, me será imposible guardar el secreto; me está quemando los labios.

—Pues si me lo dices ya no habrá sorpresa.

—¡Qué le hemos de hacer! Pero cuando sepas lo que es, te parecerá tan bueno, que sin verlo te quedarás asombrado. ¡Es... una bicicleta!

—¿Una bicicleta?

—¡Sí, hombre!... ¿Es que no te gusta?

—Sí, sí...

—Vaya un modo de darme las gracias... ¡Qué frío te has vuelto!...

—Es que pienso en Pablín. ¿Cómo está? ¿Ha crecido mucho?

—Mucho. Tú le dejaste en mantillas y ya está hecho un hombrecito... ya tiene un año. Ya juega, retoza por el suelo, andando á gatas. ¡Si vieras qué listo es!... No quiere nada con nosotros, sabe que su papá va á volver y le está esperando, para que sea él quien le enseñe á andar.

Stuard no pudo contener un sollozo.

—¿Pero qué es lo que tienes? Estás pálido... Se ve que sufres mucho... ¿Quieres que llame á la enfermera?

—No, no; no llames á nadie. Siento opresión; pero ya se me ha pasado. ¿Ves? Ya respiro bien y puedo hablar.

—¡Hablar! Ya es hora de que lo hagas. Yo no ceso de charlar desde que he llegado... Y tú, ni siquiera has despegado los labios, no me has dicho absolutamente nada... ¿Es que me ocultas algo?... ¿Es que la guerra te ha hecho olvidar á tu mujer?

—No, Amelia, no digas eso... ¡Te quiero, te quiero aún más que antes!... Pero...

—¿Pero qué? Habla de una vez con el corazón en la mano... ¡Bueno, ahora te echas á llorar! ¡Qué sensible te has vuelto, pobre esposo mío!... Si te he dicho algo molesto, sin darme cuenta de ello, perdónamelo. Creía que no te traía más que buenas noticias y...

—Sí, sí, Amelia, todo lo que me has dicho es bueno. Pero yo... lo que yo tengo que decirte es malo... muy malo... una desgracia que durará siempre.

—¡Dios mío!—exclamó la joven.—Yo que estaba tan contenta de verte curado... ¡Ahora tengo miedo!... Me dan ganas de llorar... ¿Qué es lo que tienes que decirme, Pedro? Dímelo, por Dios, dímelo, que me muerde de angustia...

Y con un gemido aún más sordo, más doloroso que el de su mujer; Stuard exclamó:

—No tengo valor para decírtelo!... ¡No tengo valor!... ¡Pero mira!

Y apartando sábanas y mantas enseñó á su esposa, á través de los arcos de alambre que preservaban de todo contacto á las heridas, dos muñones de piernas envueltas en gasas, algodones y vendajes. Después de ésto, en el colchón, nada, el vacío...

La pobre mujer lanzó un grito de angustia desoladora. Sin fuerzas para sostenerse, ocultó la cara entre las manos, dejándose caer todo el cuerpo, y se echó á llorar desesperadamente.

Pedro volvió á cubrirse con las sábanas. Vió llorar á Amelia en un silencio trágico. Hasta que, al fin, rompiendo aquel mutismo que le despedazaba el alma, empezó á hablar en voz baja, sumisa, como el hombre que pide perdón de una culpa.

—Debí haberte escrito la verdad. ¡Pero me fué imposible! Me temblaba la mano de tal modo, que se me caía de ella la pluma. Al verte, he querido decírtelo de repente... y tampoco he podido... me atragantaba. Ahora comprenderás por qué estaba inquieto, por qué suspiraba, por qué me iba quedando tan pálido al oírte hablar de la viña que no podré cultivar, del caballo y de la bicicleta... que no podré montar. ¿Pues y el chico, nuestro pobre Pablín? Pensar en él me parte el alma y me hace llorar. ¡Cómo podré enseñarle á andar, yo que no tengo piernas!

Amelia sollozaba sin cesar, y sin contestarle. Pedro añadió en tono suplicante, humilde:

—¿Me quieres aún, á pesar de esto? Conservo mis dos brazos, podré trabajar sentado, y trabajaré todo lo que pueda. Si ya no quieres nada conmigo, me iré á otra parte; me iré á esconder en un asilo; así no te serviré de estorbo...

Amelia había permanecido aletargada por el dolor. Pero al oír á su hombre, que hablaba antes siempre fuerte, al oír la voz del amo de su casa, que siempre mandaba en ella con varonil entereza, suplicar ahora, humillarse con aquella lastimera humildad, le desgarró el corazón y despertó en ella todo el orgullo y dignidad de la esposa. Del abismo de dolor en que se veía caída, la elevó un repentino impulso de compasión. Compasión, que iba aumentando por momentos, cada vez más grande, inmensa, infinita... Se puso en pie, rodeó con sus brazos acariciadores el cuello de su marido y llenó su rostro demacrado y sus ojos inquietos de lágrimas abrasadoras, de besos apasionados.

—Pobre Pedro, pobre marido de mi alma. ¿Que si aún te quiero? ¡Ya lo creo... y más que nunca! ¡No te acuses más, no me supliques más... porque aumentas mi sufrimiento! ¿De qué te acusas? ¿De haber cumplido con tu deber? ¿De qué me pides perdón? ¿De ser un valiente? Pero ven acá, loco, más que loco; la casa te pertenece, todo es tuyo. ¡Habla fuerte, manda con energía; tú eres y serás siempre el amo!

Mientras que la alegría anima el rostro contraído del soldado, la joven se esfuerza por sonreír:

—¡Vale más que hayan sido las piernas que no los brazos! Después de todo, el corazón no te lo han amputado, ¿verdad? Pues mientras te quede el corazón para quererme á mí, ¿qué más puedo desear?

Y como Stuard le hiciese un signo afirmativo, la joven se enjugó, ó mejor dicho, se arrancó las lágrimas que le inundaban los ojos, y heroica añadió:

—Todo se arreglará bien, ya verás; tu escribirás, yo y Pablín haremos las labores. Para tres personas que somos, cuatro pies en la casa, en tiempo de paz, no está del todo mal. No podemos quejarnos; en medio de las desgracias que todos padecen, nosotros no dejamos de tener suerte.